

Matt SLEAT (ed.) 2018, *Politics Recovered: Realist Thought in Theory and Practice*, Nueva York: Columbia University Press. ISBN 9780231547550, 408 páginas.

¿Qué supuestos metodológicos deberíamos admitir cuando hacemos filosofía política? ¿Deberíamos asumir que nuestra tarea es clarificar principios morales que posteriormente aplicamos al ámbito político? ¿O es más bien lo político un ámbito específico con una normatividad específica? Más aún, ¿debería la filosofía política ser normativa o su empresa más genuina es de carácter descriptivo, genealógico o conceptual? La mayoría de la filosofía política angloamericana durante las últimas cinco décadas, bajo la influencia de la teoría de la justicia John Rawls, se ha dedicado a la tarea normativa, partiendo de principios morales que luego aplica al ámbito político y a menudo sin considerar restricciones de carácter histórico o sociológico. El libro aquí reseñado es una colección de ensayos que defiende y usa un enfoque alternativo: el que se conoce en la filosofía analítica como “realismo político”, un enfoque filosófico heterogéneo que ha de ser entendido en parte como reacción contra el moralismo de la tradición rawlsiana y en parte como un proyecto en construcción.

Estrictamente hablando, como nos recuerda el editor en la introducción, el realismo en filosofía política no es algo nuevo. Clásicos de la tradición como Marx, Hegel, Max Weber o Maquiavelo han teorizado sobre política al margen de consideraciones morales. No obstante, la adopción de una perspectiva no moralizante es algo poco común en la tradición analítica. Hubo que esperar a la principal doctrina que inspira estos ensayos, la inacabada filosofía política de Bernard Williams, para que el realismo adquiriera un lugar destacado. La idea inaugural de Williams es que la filosofía política no debería empezar diseñando un modelo moral para aplicarlo luego al ámbito político, antes bien, ha de reconocer la autonomía de lo político. Así pues, la primera cuestión política es cómo conseguir estabilidad, orden y seguridad. No obstante, para que haya *política* propiamente y no simplemente guerra o violencia, aquellos sometidos a coerción han de recibir una justificación aceptable del orden al que están sometidos. La existencia de esa justificación es lo que vuelve el orden legítimo. En el contexto moderno, de acuerdo con Williams, tal justificación se otorga si el orden es liberal. Es importante el énfasis en que es *en el contexto moderno* donde la legitimidad se plasma en el liberalismo, dado que la teoría de Williams intenta evitar considerar todos los órdenes anteriores a la modernidad

como ilegítimos. Finalmente, Williams pone énfasis en que la legitimidad está sometida al principio de teoría crítica, que enuncia que, para ser legítima, la aceptación de un orden por parte de aquellos que están sometidos a él no puede estar creada por la coerción que se pretende justificar. Dado que la teoría de Williams fue publicada en un ensayo póstumo en 2005 (“Realism and Moralism in Political Theory”), el proyecto realista está en el presente simplemente esbozado. A menudo los autores realistas han puesto más esfuerzo en atacar el moralismo que en usar el realismo para abordar dilemas políticos. No obstante, no sería justo ver en el realismo únicamente una reacción. Autores ampliamente reconocidos en la teoría política actual orbitan el paradigma realista y entre ellos cabe mencionar a James Tully, Bonnie Honig, Chantal Mouffe, Raymond Geuss o Charles W. Mills.

Los ensayos de este libro pueden dividirse en tres grupos: el de quienes intentan corregir o defender la causa realista, el de quienes ponen el realismo contemporáneo a dialogar con otras tradiciones y el de quienes aplican el realismo a casos de investigación concretos. En el primer grupo, destaca el capítulo de Glen Newey. Aplicando la más estricta metodología analítica, Newey intenta refutar una de las defensas más robustas del utopismo en filosofía política: la visión metanormativa de G. A. Cohen. Como es sabido, Cohen argumentó que todos los principios que dependen de un hecho para ser ciertos (*fact-sensitive principles*), reflejan en última instancia un principio que no depende de ningún hecho (*fact-insensitive principles*). Para Cohen, la clarificación de estos últimos principios es una empresa potencialmente fructífera para la filosofía política. Newey nos ofrece nueve motivos que vuelven esta tesis problemática, defiende que no hay motivos sólidos para preferir una filosofía política que se mueva en un nivel tan abstracto y concluye delimitando un campo para la filosofía política “libre de suplementos normativos”. También es sumamente ilustrativo el ensayo de David Owen, centrado en situar la filosofía política de Bernard Williams dentro de su proyecto filosófico realista. Owen encuentra un continuo entre el compromiso de Williams con una disposición hacia el mundo comprometida con la verdad y su realismo y concluye demandando una teoría realista de la legitimidad que contemple retos transnacionales como la proliferación nuclear o el cambio climático. Paul Sagar nos alerta sobre algunos problemas que puede tener el principio de teoría crítica, dado que a menudo órdenes desiguales que parecen a primera vista claramente ilegítimos son aceptados de buen grado y sin ningún tipo de distorsión cognitiva por quienes están sometidos a ellos. William Galston realiza una excelente defensa del papel de emociones como el orgullo en el análisis del comportamiento político. Por su parte, Charles Larmore, aceptando el marco general de Bernard Williams, defiende que este se equivocó al considerar que la legitimación del orden político no viene dada por

la moralidad. Todos estos ensayos son magníficos ejercicios de filosofía política analítica y contribuyen a perfilar con nitidez un programa realista. El libro, no obstante, no se queda exclusivamente en un nivel programático.

Varios capítulos del libro están dedicados a casos de estudio y entre estos cabe mencionar el ensayo de Mark Philp sobre corrupción, en el cual se nos alerta de una perspectiva excesivamente centrada en Occidente cuando intentamos definir el fenómeno. Por su parte, Rahul Sagar defiende que, a pesar de las demandas habituales de publicidad e igual acceso a la información en teoría de la democracia, el secretismo es una característica estructural de las democracias contemporáneas. Richard Bellamy analiza las perspectivas neomaquiavélicas como la de Jonathan Powell, que trabajó en la administración de Tony Blair, y defiende que no hay contradicción intrínseca a un liderazgo de inspiración maquiavélica que sea sensible a las demandas populares. Finalmente, entre quienes ponen al realismo a dialogar con otras tradiciones, es reseñable el ensayo de Duncan Bell. Bell parte de una visión realista en relaciones internacionales e intenta medir desde los habituales presupuestos (conflicto, anarquía, interés nacional como primer imperativo, etc.) las posibilidades de implementar las teorías más ambiciosas de justicia global. La conclusión que extrae es que, por más robustas y bienintencionadas que sean estas teorías de la justicia, su implementación conllevaría una “securitización” de la pobreza, esto es, conllevaría entender la pobreza como una amenaza existencial, lo cual, a su vez, llevaría a las grandes potencias a solucionar el problema pasando por encima de controles democráticos. Otra conexión disciplinar es la que realiza Elizabeth Frazer, que defiende de manera sólida que teorías feministas de diversa índole han adoptado diversos presupuestos metodológicos realistas. Alison McQueen, por su parte, defiende que los realistas clásicos en relaciones internacionales y los nuevos realistas en filosofía política comparten suficientes rasgos como para ser considerados de la misma familia teórica. Queda, pues, sobradamente demostrado, que hay un respetable linaje realista y que el realismo contemporáneo puede entablar un diálogo fructífero con otras tradiciones.

La colección de ensayos es rica, estimulante y demuestra que hay una alternativa plausible al moralismo en filosofía política. No obstante, refleja un problema corriente con los enfoques realistas. Demasiados ensayos se centran más en criticar el moralismo de raíz rawlsiana que en *aplicar* el realismo a problemas filosóficos. Y aún cuando se aplica un enfoque realista, hay una notoria desconexión entre el enfoque de Bernard Williams y los análisis concretos que, hemos de suponer, se hacen bajo el nombre del realismo. Quizá el caso paradigmático es el ya mencionado ensayo de Duncan Bell, que ha de echar mano de la literatura vigente en relaciones internacionales

para mostrar los límites del cosmopolitismo. En la misma línea, el ensayo que cierra la colección nos da otra señal de la flaqueza del realismo. Para Michael Freedon, el realismo inspirado por Bernard Williams no es tal. A pesar de toda la insistencia en la autonomía de lo político, centrarse en una visión de la legitimidad cuyo pilar es el intercambio de razones vuelve a situar la filosofía política en el moralismo y fuera del ejercicio real de la política. Freedon hace una defensa de una teoría política en diálogo con la ciencia política, totalmente libre de normativismo y, en última instancia, separada de la filosofía política. Lo que nos deja con el interrogante de si el realismo teórico tomado en serio no conduce a la modesta función de asistir la tarea del politólogo. No obstante, dejando a un lado los problemas del realismo como empresa cohesionada, los ensayos aquí reunidos son un magnífico ejercicio de filosofía política y, aunque su unidad viniera dada por un vago parecido de familia, su lectura seguiría siendo valiosa para cualquiera que quiera hacer teoría política analítica en el contexto contemporáneo.

ALBERTO MANUEL HERS MARTÍNEZ  
*Universiteit Leiden*

